

Una mirada sobre la educación

EDUCACIÓN EN ESPAÑA: decálogo de errores

JAVIER M. VALLE LÓPEZ

Universidad Autónoma de Madrid. Miembro de TEAM EUROPE.

jm.valle@uam.es

Estudios internacionales como el de PISA, que en diciembre de 2010 presentó la OCDE con los resultados del rendimiento de los jóvenes de 15 años de numerosos países, deja de manifiesto que nuestros alumnos de secundaria, sin obtener unos resultados globales demasiado negativos, se encuentran por debajo de la media de la OCDE. Gran parte de esos resultados, que cabría esperar mejores a tenor de lo que nuestro país representa, se debe a que muy pocos chavales obtienen resultados buenos o excelentes.

Es un dato que, PISA al margen, no suele escapar a nadie que tenga relación más o menos directa y frecuente con el sistema educativo (profesores, padres, empleadores...). Pero sería ridículo simplificar esta cuestión y pensar que puede explicarse sin apelar a múltiples factores de diversa naturaleza.

Por ello, intentaré en el corto espacio de estas páginas ofrecer una visión personal de al menos diez factores, al modo de errores graves, que se observan con frecuencia tanto en la sociedad en general como entre algunos padres o profesores en particular y que, a mi parecer, suponen las malas prácticas que han influido en la progresiva falta de excelencia entre los alumnos adolescentes y jóvenes de nuestro país.

1. Un error frecuente por parte de padres y familiares respecto a los estudios de sus hijos es la **dejación de las responsabilidades educativas de la familia**. La consideración de la escuela como única responsable de los resultados educativos de las jóvenes generaciones tiene unas consecuencias nefastas. Convierte a la escuela en "familia suplente" y le otorga una serie de cargas formativas que, si bien no debe eludir, no debe asumir en exclusiva, sino sólo como apoyo a la tarea educativa de la familia. Por un lado, el apoyo de los padres para que sus hijos adopten una actitud responsable ante el estudio y ante los esfuerzos que éste supone resulta de gran acicate para unos resultados escolares eficaces. Además, la asunción de normas de convivencia, la asimilación de valores o tantas otras cosas deben ser apoyadas y estimuladas en la escuela, pero no deben ser una tarea exclusiva de la escuela ya que sin el refuerzo de la acción familiar, la acción educativa de la institución escolar en esas cuestiones es un trabajo baldío. Y, aún más, ello resta tiempo a la escuela a la hora de impartir contenidos y competencias que no pueden ser transmitidas por muchas familias ya que requieren la participación de personas especialistas, máxime en el nivel de secundaria: matemáticas, ciencia, literatura, historia, filosofía, música, idiomas, deporte...

La democratización de los sistemas educativos debe significar dotar a todos de las mismas oportunidades para disfrutar gratuitamente de dicho sistema, pero ello no significa que todos valen para todo ni que todos valen para lo mismo.

opinión



Hay que reivindicar la toma de conciencia por parte de todos de que los padres son los primeros y máximos responsables de la educación integral de sus hijos, como así queda recogido en numerosas declaraciones internacionales como, por ejemplo, la de los Derechos Humanos o la de los Derechos del Niño.

2. En muchos casos, esa dejación familiar ha derivado en algo aún peor, el **sobreproteccionismo a nuestros adolescentes** con el que muchos padres pretenden encubrir, inconscientemente, su dejación. Se sustituye una atención responsable y continua en la educación de los hijos por una sobre protección puntual, derivada del paternalismo más anti educativo, impropio e inadecuada a los diferentes momentos evolutivos de los hijos. La defensa a ultranza de todas sus acciones (incluso el encubrimiento) y la consideración de que éstos requieren de su ayuda constante hace que nuestros jóvenes no acaben de asumir sus propias responsabilidades, ya que la maduración precisa para tomar las responsabilidades del mundo adulto se dilata de manera antinatural.
3. Y así, la **ausencia de responsabilidad**, tan necesaria para una implicación personal en el propio aprendizaje, es una constante en muchos de nuestros alumnos de secundaria, que conciben los procesos escolares como algo pasivo en lo que ellos nada tienen que hacer salvo, como mucho, asistir a clase. Todo lo demás debe venir dado. Y en la educación eso no es así. Muchos aprendizajes requieren un alto grado de implicación responsable.
4. Y también requieren esfuerzo. La falta de implicación y de responsabilidad conlleva en numerosos casos una **permanente desidia en cuanto al esfuerzo** que cabría esperar para obtener resultados de aprendizaje satisfactorios. Se ha malinterpretado en ocasiones el favorable principio didáctico de intentar hacer los aprendizajes más sencillos y divertidos y se ha confundido con la falacia de que todo se puede aprender sin esfuerzo. La mayoría de los aprendizajes requieren algo de esfuerzo y hay algunos que, especialmente, exigen mucho.
5. Ejemplo de la falta de esfuerzo es el desinterés por cualquier proceso de aprendizaje que exija del uso de la memoria. La **memorización ha sido totalmente desterrada** de los procesos de aprendizaje de nuestras escuelas de secundaria. Cierto es que en el pasado se ha abusado de procesos de aprendizaje basados en la memorización. Pero de ello se ha pasado a la falsa creencia de que la memoria no es precisa en absoluto y a la mala práctica de desterrarla completamente de los procesos escolares. Ello es un grave error pedagógico porque muchos conocimientos requieren un esfuerzo memorístico inicial que luego facilita la consecución más rápida de procesos cognitivos más complejos mediante la automatización de esos procesos.

A la falta de memoria de nuestros alumnos contribuyen los mal llamados procesos de evaluación “objetivos” que se basan en pruebas de tipo test, mayoritariamente confeccionadas con preguntas a las que se ofrecen varias respuestas alternativas entre las que el

alumno debe elegir la correcta. Ello hace que el alumno en realidad no tenga necesidad de memorizar para saber sino para recordar. Y ese tipo de pruebas provocan también otro nefasto fenómeno entre nuestros adolescentes y jóvenes: **la escasa capacidad que presenta la mayoría de ellos para expresar (de forma oral o escrita) ideas complejas**. La falta de necesidad de expresarse oralmente o por escrito (ya que los test solo requieren saber señalar con una cruz una respuesta correcta previamente ofrecida) hace que para nuestros alumnos de secundaria expresar una idea o relacionar varias ideas complejas sea una gran ausencia entre sus competencias.

6. Otro error frecuente cometido en nuestras aulas de secundaria es haber confundido el necesario destierro del autoritarismo en la enseñanza con la **ausencia total de autoridad**. En parte derivado del sobreproteccionismo a los adolescentes y jóvenes, al que ya se hizo referencia, la sociedad ha restado mucha de la necesaria autoridad docente al profesorado. No hablamos aquí de autoritarismo, ni de una innecesaria disciplina estricta (y, por cierto, pedagógicamente demostrada como contraproducente); decimos que el aprendizaje institucional de la escuela requiere que padres, sociedad y alumnos reconozcan en el profesorado de los centros la autoridad que debe serles propia. Esa autoridad tiene varias dimensiones: por un lado, la autoridad por su mayor conocimiento en las materias que enseña; por otra, la autoridad de quien ha pasado unos procesos sociales de selección para tutelar la educación de un grupo de adolescentes y jóvenes; y, también, la autoridad necesaria para mantener en la clase las reglas de convivencia mínima que faciliten un clima de aprendizaje provechoso. Si se niega la autoridad del profesor es imposible crear contextos educativos. Los problemas de indisciplina en el aula, de acoso escolar, e incluso de violencia en los centros tienen, entre otros complejos factores, un determinante origen en la pérdida de autoridad del profesor. Ese clima se hace poco propicio para que el estudio se produzca en condiciones adecuadas y mejore el rendimiento.
7. Ligado a esto se encuentra la **excesiva tolerancia con la que se enfrentan las cuestiones de falta de respeto a los profesores** por parte de los alumnos. El ineludible destierro de la figura del profesor endiosado, cargado de autoritarismo indiscutible, no puede derivar en la concepción de que el profesor es uno más en el aula, un “colega” de los alumnos al que cabe tratar de igual manera que a ellos mismos. El profesor debe ser alguien cercano, pero los alumnos deben percibir el mínimo de distancia necesaria para asumir que él es el responsable de mantener las normas de convivencia y de fijar el elenco de reglas básicas sobre las que no cabe discusión.
8. Porque ése es otro error frecuente: **confundir la promoción de la participación en los centros con el hecho de que todos puedan opinar sobre todo**. La democratización de los centros y el aumento de la participación de la comunidad educativa en la educación son cuestiones imprescindibles



para una mejora de la gestión y dirección escolares. Pero hay que tener muy claro cuáles son los cauces de participación, los distintos niveles de la misma, los actores pertinentes en cada uno de esos niveles y los temas que son objeto de discusión en cada uno de ellos. En nuestras escuelas, confusiones sobre estos asuntos hacen que hayamos llegado a situaciones en las que la presión participativa de un claustro puede generar la fuerza suficiente para que un profesor concreto modifique la calificación ya realizada sobre la evaluación de un alumno; o en las que la presión de las opiniones de los alumnos (o sus evaluaciones sobre un profesor) prevalezcan sobre la calidad docente contrastada durante años de ejercicio profesional; o, incluso, en las que la opinión de los padres sea más tenida en cuenta por el director, para evitar conflictos, que la de los profesionales docentes. Así como una comunidad de vecinos no puede decidir si se tira o no un muro de carga de un edificio porque hay decisiones relativas a cuestiones técnicas que deben ser tomadas por los profesionales en esas cuestiones (aparejadores, arquitectos), en la escuela hay decisiones pedagógicas y profesionales que competen exclusivamente a los docentes o a la dirección o a las administraciones educativas... A nadie más.

9. Es también equivocado **confundir la flexibilidad normativa con la ausencia de cualquier tipo de norma**. En toda actividad de grupo la regulación normativa se hace imprescindible para el funcionamiento del mismo y para la consecución de sus objetivos. En los grupos que constituyen nuestras aulas de secundaria, y máxime teniendo en cuenta la edad de quienes los constituyen, debe quedar nítidamente establecido el mínimo de normas inviolables. Y tienen que establecerse cauces más definidos para hacer que esas normas se cumplan.
10. Hay que mencionar también el **divorcio contemporáneo entre escuela y sociedad** como otro gravísimo error. Resulta muy difícil que calen entre nuestros adolescentes los valores que se intentan transmitir en la escuela respecto a la importancia de

adquirir conocimiento, la necesidad del esfuerzo para lograr las metas deseadas, la conveniencia del respeto mutuo y la tolerancia para una convivencia sin violencia o lo adecuado de la solidaridad para conseguir una sociedad igualitaria, etc. si la sociedad y uno de sus máximos amplificadores, los medios de comunicación social, sólo transmiten valores como el oportunismo, el consumismo, la derrota del contrario a cualquier precio (aunque sea con mentiras y difamaciones), la primacía de los intereses particulares por encima de los comunitarios, y presentan como ídolo deseable el enriquecimiento rápido y, a ser posible, con el mínimo esfuerzo. En ese escenario, el papel de la escuela no es desde luego el más deseado por ningún actor y los jóvenes que asisten a la representación que les toca vivir es lógico que se vean más atraídos por ejecutar interpretaciones fáciles, intentando conseguirlo todo sin aportar nada.

Sin cerrar esta lista que, lejos de pretender ser exhaustiva, se deja voluntariamente abierta porque permanentemente está inconclusa, conviene decir una palabra sobre la extensión de los sistemas educativos y, en especial, sobre el sistema educativo español en sus niveles de la enseñanza secundaria y superior. Es evidente que, aunque aún podamos mejorar las tasas de escolarización en estos niveles, España ha sido objeto de una extensión notable de la matrícula en este nivel durante las últimas décadas. Pero hay que hacer notar que la democratización de los sistemas educativos debe significar dotar a todos de las mismas oportunidades para disfrutar gratuitamente de dicho sistema, pero ello no significa que todos valen para todo ni que todos valen para lo mismo. La variedad individual de capacidades y aptitudes, así como el esfuerzo diferente de personas distintas debe ser tenido en cuenta por el sistema educativo que tiene que ayudar a la sociedad para que dentro de ella destaquen quienes sean más capaces en cada ámbito y quienes mejor aprovechan con el máximo de su esfuerzo todo su potencial. No es democrático ni igualitario ofrecer un sistema educativo en el que en aras a una falsa democratización se ofrece lo mismo para todos sin atender las diferencias individuales. Ni es justo un sistema educativo en el que todos accedan a los niveles más altos del sistema sin demostrar las capacidades suficientes para hacerlo o no las desarrollan con el esfuerzo adecuado. La inversión educativa es un gran esfuerzo sostenido por todos los ciudadanos (incluso aquellos que no tuvieron por su edad o circunstancia histórica la oportunidad de estudiar); un esfuerzo inmenso para algunas familias... Y sería un engaño falaz y un fraude social que los actuales usuarios de ese sistema no respondieran a ese esfuerzo con toda la responsabilidad que requiere. El sistema educativo no puede regalar lo que vale. Pero es obvio que en un estado social y democrático como es España tampoco puede cobrar lo que le cuesta. Lo que sí puede hacer, lo que debe y tiene que hacer, es exigir a cambio mucha mayor responsabilidad y esfuerzo. La educación es cosa de todos. Exigir en ella esa responsabilidad y esfuerzo incumbe a toda la sociedad. Una sociedad que no debe olvidar que en la educación de sus niños, adolescentes y jóvenes se juega lo más importante de su futuro. ■